

EN LA MORGUE CON MIS PERSONAJES

(Viene de última pág.)

rosímil, que yo había frecuentado muchos años antes. Era un espécimen de humanidad fronterizo entre el orgullo y la mugre progresiva, alto, de voz aflautada, hocico de perro, andar a pequeños saltos, y cuyos limones de origen desconocido se zangoteaban en el fondo del canasto colgado al brazo. Según sus propias palabras, que evocó en el momento de fallarle a mi interlocutor, "sólo era feliz los días en que se puede andar a contraviento, sin que nadie se entere de que uno va haciendo eso". Fue, pues, partiendo de aquella mezcla de gorrión, figura consular venida a menos y perro envejecido, sobre la que flotaba un halo extemporáneo de ansiedad rebelde, que se consumó la cruz definitiva. El maniaco del viento de mi amigo trajo la puerta. Las notas personales que recojo en un temible cuaderno de tapas negras hicieron el resto, con todo el barroquismo descriptivo exigido por el ambiente sórdido, miserabilista en que se distorsiona el tema. También los demás tipos arrastrados al juicio por el propio criminal, el hombre del bigote amarillo, e incluso él mismo, salieron de aquel registro. Los busqué pacientemente, hoja por hoja: el boticario, el vendedor de risas con la careta de dos fases, el silbador perenne de la última instancia. Parecían hormigas en un menester indistinto. Pero diferenciados por las cargas subjetivas que ellos entregan al parecer sin cobrar nada. Aunque esto, y sólo el que creo algo lo sabe, sea capaz de arrancarnos pedazos en prenda. Vuelvo hoy a mirar al supuesto Alejo Lebreton ahí, con su yaqué verdinoso y las suelas desclavadas hacia la proa, y pienso que quizás hubiera sido mejor no recordarlo nunca. De la canasta de los limones sale un olor irreconocible a tiempo perdido.

★ Los de MUERTE POR ALAGRAN: una flora de balneario

Más o menos de ese modo, y bajo la aguda percepción de un crítico, se les catalogó recientemente. Con la salvedad de que el chalet (prestado) donde

se estableciera mi observatorio hacia la gran mansión de varias chimeneas, y la residencia misma, tironean de mi manga para que este asunto no se ventile. No hay muertos frente a mí, razón para conceder la gracia. Si acaso el camionero que recibió la picadura final, su anonimato, nos justifica de violar la regla. Felipe, el mucamo que hubiera podido dormir tranquilo una siesta hasta la llegada de los señores, anunciarles la existencia del alacrán y largarse luego con cualquier pretexto, no necesitó modelo. Siempre se constatará la presencia de grandes rebeldes en la servidumbre por necesidad, así como espíritus serviles en gentes que están detentando otros cometidos. No habría dificultad, pues, en crear al guardador de Villa Therese sin mucamo a la vista. Con cualquier vocacional alcanza y sobra. En cuanto al pulpo gigante de las finanzas que mantenía el tren de la mansión, y al resto del clan familiar, invaden el balneario. Son como sus aborígenes. Uno estira la mano y los alcanza.

★ Mis hombres flacos de LAS MULAS, EL ENTIERRO, LA SUBASTA

No vi al hombre flaco de LAS MULAS. Pero lo hice a raíz de la muerte de un motociclista joven, sobre la monstruosa amiba de sangre dejada por su cuerpo deshecho en el pavimento. Recuerdo que había un chico con los ojos fijos en la mancha, casi hipnotizado.

—¿Cómo fue? — le pregunté más para sacarlo del éxtasis que por otra cosa.

—Culpa de un tipo así de flaco —dijo parando el dedo— que cruzó la calle como loco para entrar en aquella farmacia. Lo encontraron comprando bicarbonato, y había pedido un vaso de agua.

Aquello determinó el desafío a la captura imaginaria que llena el cuento. O las vueltas que ha podido dar un individuo así de flaco, quizás con las mulas digestivas reventadas, en una ciudad que tiene de todo, desde árboles con vomitaderos al pie, a ropiserías donde la gente se harta de nuevo como gusanos del queso, desde ómnibus repletos a museos

vacíos de cualquier cosa. Y todo ello para que el último acto sea el crimen ultraintencional de un motociclista, desconectado de noticias con su destino inminente. Confieso que la descripción exhaustiva del hombre de LAS MULAS se volvió contra mí durante aquellos tiempos. Parecía vengarse saliendo de golpe de los lugares donde lo había buscado. Debe estar por acá. Se le notaba demasiado en huesos.

El hombre flaco de EL ENTIERRO: Identificación casi completa con la realidad. Salvo algunas exageraciones, este típico cuento de gente que ha atravesado la vida viéndolo todo, hasta un genio de la previsión capaz de pedir en el hospital su viscera operada para enterrarla como anticipo de un festín entero, canta a la amistad con la boca de Honoribaldo Selva, que deberá estar fabricando algún chiste de los suyos —lo veo en el hoyuelo de su flaca mejilla— a costa de mis aclaraciones póstumas y su nombre prestado.

Y desde luego que fuimos muchos los asistentes a aquel remate de un panteón suntuario de LA SUBASTA, cuyas ofertas se oían en el hall del Palacio de los Tribunales. Pero con la diferencia de que quien está reconociendo hoy a sus fantasmas en esta sala letal, había visto antes paseándose por cierto parque soleado de la ciudad a un hombrecito tipo principios de siglo, con un traje color marfil de finas rayas oscuras y apoyado en un bastón con mango de hueso. Lo miré sin creer en lo que veía. Estaba vivo, es decir, dulcemente no muerto, a pesar de su escape de algún estampario. Y así, cuando tuve que retirarme con náuseas de la subasta antes de escuchar que aquello sobrepasaría un valor estimativo normal, pensé: Me voy, no podría continuar entre estas gentes que se matan por enterrarse, que arrojarían su vida a los perros con tal de ganar la puja. Fue entonces que caí en la cuenta de que el panteón debería haber tenido un último habitante, el solariego, el que se aferrase reivindicando sus derechos de posesión, y al que era de estricta justicia devolverle la morada puesta a precio. Con eso, pues, que llaman por ahí premeditación y alevosía, les largué mentalmente al ejemplar antiguo que había visto en el paseo y los dejé ofertando frente a él, que era capaz de fundirlos con su aliento de eternidad y ropere viejo. Y allí arde Troya, es claro.